

EUG. — Ved ahí lo que se sigue de racionios fundados en principios falsos que se tienen por verdaderos.

SILV. — Semejantes opiniones solo se impugnan bien con una carcajada, y con no hablar sobre ellas siquiera una palabra.

TEOD. — Pues si así lo quereis, soy contento; y quede sentado que el alma de los brutos no es espiritual, que es el punto que por ahora tratá-bamos.

§ II.

Que el alma de los brutos debe ser pura materia.

EUG. — Quien os oyese discurrir sobre el asunto presente, exagerando la sagacidad y astucia de las acciones de los brutos, no se podría persuadir á que les habiais de negar el alma espiritual.

SILV. — Y mucho menos se creeria que les habia de dar por alma un poco de materia, que es totalmente incapaz de conocimiento ni direccion de operaciones. Si á lo menos ya que material fuese un alma distinta de la materia, menos dura sería vuestra sentencia.

TEOD. — Si yo no hubiese tratado ya largamente este punto con vosotros mismos en otra ocasion, mucho tenia que decir; no obstante tocaré de paso algunas cosas de las mas principales. Yo de los tres que aquí estamos soy el mayor elogiador de las as-

tucias de los brutos, y del juicio que aparece en sus acciones; y por eso mismo (reparad), por eso mismo les atribuyo una alma que sea pura materia; porque este discurso que formo á mí me hace gran fuerza, y creo que se la hará á todos los que quieran juzgar sin pasion en esta materia.

SILV. — ¿Y qué discurso es?

TEOD. — Todos convienen como poco há he dicho, en que es imposible que por puro acaso salgan las cosas perfectamente coordinadas y dispuestas con hermosa proporcion y armonía, principalmente siendo una armonía constante. Con este argumento se prueba contra los ateistas la existencia de Dios, por cuanto si no hubiese una sabiduría suprema que gobernase y dispusiese toda esta fábrica del universo, era imposible que un mero acaso y una tumultuaria disposicion de la materia hiciese este mundo tan hermoso como lo vemos. Ahora bien, de aquí pruebo yo que las acciones de los brutos tan bien dispuestas entre sí, y con tan admirable proporcion entre sus fines y los medios para conseguirlos, es totalmente imposible que se hagan por acaso y sin una causa inteligente que coordine y proporcione medios con fines y unas acciones con otras, de suerte que resulte una larga serie de movimientos conducentes y proporcionados. Esta causa ó es propia del bruto, y parte que le constituye, ó es cosa agena y distinta de él. Si dijeren lo primero, se sigue que hasta la mas vil sabandija tiene una alma, que, como llevo dicho, es espiritual y capaz de conocer todas esas proporciones con las utilidades futuras, y todos esos daños venideros que

tira á evitar, etc., lo cual no puede decirse, como queda probado: luego la causa sabia é inteligente que dispone toda esta armonía de operaciones es cosa distinta del bruto; al modo que la causa inteligente que dispone y arregla los movimientos del reloj es cosa distinta de él, porque es el relojero. Siendo así que la causa á quien se atribuye la bella armonía con que las acciones del bruto están dispuestas, es muy agena del mismo bruto, es superfluo dar á este no solo alma espiritual, mas ni aun esa alma material distinta de toda la materia que quieren poner los peripatéticos; pues ella ciertamente no hace efecto alguno que no pueda ser producido por un poco de materia; á saber, los espíritus animales. Porque para salir los movimientos arreglados y bien dispuestos basta una causa inteligente que los dirija, y otra que mueva la materia; del mismo modo que en el reloj solamente hay dos causas de sus movimientos, una dentro de él, que mueve las ruedas, y son las pesas ó el muelle; otra fuera, la cual arregla los movimientos, y es el relojero. Luego tambien en el bruto para que sus movimientos salgan bien regulados bastará una causa propia é interna que mueva los miembros, y esta sea pura materia; otra distinta y agena que los ordene, y esta es el supremo artífice, el cual de tal suerte formó la gran máquina del cuerpo animal, que sus movimientos saliesen bien arreglados de la manera que ya os espliqué en otras tardes.

EUG. — Ese vuestro discurso á la verdad me convence á pesar de la natural repugnancia que siento en convenir con vos á causa de la idea que habi-

tualmente formamos de que siendo nuestras obras semejantes á las de los brutos, tambien lo serán de algun modo las cosas de ellas; pero me veo apretado de tan grandes dificultades, que no tengo otro remedio sino seguir vuestra sentencia, porque ó he de decir que las obras sagacisimas de los brutos son hechas por acaso sin haber causa sabia que las gobierne, y este es un absurdo, ó he de afirmar que esta causa sabia, inteligente, discursiva, y tambien inmortal y libre, es parte del bruto, lo cual tambien es absurdo; ó en fin he de confesar que es cosa distinta de él, y así basta que el bruto tenga en sí una causa, que mueva los miembros conforme á la disposicion de la suprema causa que ordenó sus movimientos en la construccion de esta máquina del cuerpo del animal; y esto es lo que vos decís. ¿Qué os parece, Silvio?

SILV. — Ya he dicho en otra ocasion lo que me parecia de esta sentencia: ¿para qué quereis renovar ahora la cuestion? Remítome á lo que entonces dije, y Teodosio por su parte hace lo mismo.

TEOD. — Es así, porque no gusto de repetir una cosa muchas veces: pasemos á otros puntos.

§ III.

De la sensibilidad de los brutos.

EUG. — Lo que mas dificultad causa por lo comun á quien oye vuestra sentencia es lo que toca á

la sensacion, porque diciendo que toda la industria de los brutos no procede de principio intrínseco, y que su alma es mera materia, parece que no puede sentir.

TEOD. — Ya os dije lo que hay en este punto, y lo resumo en pocas palabras. En nosotros hay dos sustancias, alma y cuerpo: ambas obran cuando sentimos: en el cuerpo hay primeramente el movimiento en el órgano estérno, v. g. el tacto; despues se sigue el trasfunderse y comunicarse el movimiento hasta el cerebro, y causar su impresion en el sentido comun ó imaginativa (ahora ya vereis estas cosas con otra luz despues que hemos tratado de la anatomía y de los sentidos del hombre); pero como nuestra alma está ligada con el cuerpo mientras vivimos, por ley divina, ó de otro cualquier modo (conforme á diversas sentencias), á esta impresion del cerebro se sigue un acto espiritual del alma, con que ella percibe el mismo objeto que está acá fuera, y le escitó la impresion en el sentido estérno, y despues en el cerebro. Todo esto pasa en nosotros cuando percibimos un golpe, ó cualquier impresion, ó el objeto de otros sentidos, y en esto no debe haber controversia. Por tanto, cualquiera acto de sensacion en nosotros necesariamente consta de dos actos, uno que pertenece á los sentidos estérnos é internos, otro que corresponde al alma, y este es espiritual, y con él percibe nuestra alma, y es sabedora de lo que pasa en los sentidos estérnos; ni jamas podrá el alma, que es espiritual, sentir ó tener noticia del objeto que toca en el sentido estérno sino por acto suyo espiritual. Esto es ciertísimo, si

no me engaño. El alma espiritual no puede conocer nada sin tener acto espiritual con que conocer; y como la sensacion es acto con que el alma conoce el objeto, debe ser acto espiritual.

SILV. — No tengo duda alguna.

TEOD. — Bien está. Sentado esto, es imposible que donde no hubiere alma espiritual haya sensacion semejante á la nuestra, pues, como ya he dicho, nuestra sensacion es acto espiritual de nuestra alma; y como no podemos decir que en los brutos hay alma espiritual, segun lo que dejo probado, se sigue que ni vosotros ni filósofo alguno puede decir que la sensacion de los brutos es semejante á la nuestra.

SILV. — No decimos que es semejante del todo sino casi semejante.

TEOD. — Yo no sé como una cosa espiritual pueda ser casi semejante á otra que no lo es. Nuestra sensacion confesais que es acto espiritual del alma, y en los brutos confesais que no es ni puede ser espiritual; luego solo pueden ser tan semejantes entre sí las dos sensaciones como lo son el espíritu y una piedra, ú otra cualquiera cosa que no sea espiritual.

EUG. — ¿Pero cómo es esta sensacion de los brutos?

TEOD. — Voy á deciroslo: en nosotros, como ya os he dicho, cuando percibimos algun objeto, no solo tiene el alma un acto suyo con que percibe, sino que tambien en los órganos del cuerpo hay movimientos con que el objeto estérno se hace presente al cerebro, y causa su impresion en él. Todo es-

to que hay en nosotros, tocante al movimiento de los órganos del cuerpo, lo hay tambien en los brutos, porque como sus sentidos esternos tienen sustancialmente la misma estructura que los nuestros, y como los nervios que van á su cerebro no se diferencian mucho de los nuestros, se sigue que el objeto esterno ha de hacer semejante imagen é impresion tanto en nuestros ojos como en los de un bruto, y que esta del mismo modo se ha de comunicar al cerebro de un bruto que al nuestro. Ved aquí lo que es la sensacion del bruto: es como la nuestra, á escepcion del acto del alma, que es lo principal.

EUG. — Pero los efectos de una y otra son los mismos.

TEOD. — No hay duda que los movimientos de los miembros que suelen nacer de la sensacion tienen mucha semejanza en nosotros y en los brutos; pero de aquí no se sigue que la sensacion es semejante en un todo, pues muchas veces de causas bastante diversas nacen efectos parecidos. De hambre y de hartura se puede morir, sin que podamos argüir que siendo semejantes los efectos de la muerte, que son frialdad, corrupcion, etc., tambien fué semejante su causa. El supremo Autor del universo, á cuya providencia pertenecia hacer que el bruto conservase su vida, dispuso que sin intervencion del alma espiritual que en nosotros hay, luego é inmediatamente de las impresiones del cerebro que procedieron de los sentidos esternos naciesen los movimientos de los miembros, semejantes á los que en nosotros se ejecutan por mandado del alma.

Séame lícito usar de una comparacion. En una cosa bien gobernada acostumbrada el dueño de ella á estar en su gabinete, y tener criados que le van á dar parte de quien viene, y conforme á esta noticia prescribe á sus domésticos lo que han de hacer. Del mismo modo sucede en esta casa del cuerpo humano: el alma que lo gobierna reside en el cerebro: los espíritus animales que están en los sentidos esternos sirven como de pages á nuestra alma, llevándole aviso de quien llega á la puerta de su casa, que son los mismos sentidos, á donde los objetos en cierto modo llaman para hacer la impresion (permitaseme este modo de hablar en una conversacion de amigos). Con el aviso que el alma recibe de la llegada de los objetos á los sentidos esternos, determina el movimiento de los miembros que es conveniente, los cuales yo comparo á los oficiales de esta noble casa, á quienes toca ejecutar las órdenes y determinaciones que la señora, esto es el alma, juzga ser mas convenientes en este ó en aquel caso. Esto supuesto, podemos explicar del modo que la materia lo permite como en los brutos, sin haber alma inteligente, pueden los movimientos de los miembros corresponder á las impresiones de los sentidos, y de una manera muy semejante á la que sucede en nosotros; por cuanto Dios podia disponer de tal suerte la organizacion de su cerebro, que despues de esta impresion en los ojos, por ejemplo, se siga aquel mismo movimiento en los miembros que el alma racional mandaria hacer si allí la hubiese. Si no os desagrade la comparacion usaré otra vez de ella.

EUG. — Yo hallo en ella mucha luz para la inteligencia que busco.

TEOD. — Bien sabeis que el dueño de la casa si al salir á la calle deja en ella quien pueda resolver lo que fuere preciso en las varias ocurrencias, no dispone nada, ni ordena que llegando á la puerta este ó aquel hombre se haga esto ó aquello; pero si en casa no queda persona capaz de estas determinaciones, él mismo manda que si llegare este hombre se haga esto, y si viniere el otro se ejecute otra cosa, etc.; de suerte que sin determinacion nueva de allí á muchas horas apenas llega tal persona se sigue tal efecto, el mismo que se seguiria si estuviese presente el dueño de la casa. Vamos ahora á la aplicacion. En la casa del cuerpo humano, como Dios cuando lo formó dejaba dentro de ella alma inteligente, capaz de determinar movimientos convenientes, conforme á la diversa ocurrencia de los objetos que hiciesen impresion en los sentidos, no determinó ni dispuso de tal manera sus órganos, que á esta impresion se siguiese determinadamente este movimiento, á aquella otro diverso, porque allá dentro habia alma inteligente que sabia lo que convenia, la cual podia disponer esos movimientos. Pero en el bruto, al formarlo, como vió que dentro de él no habia causa que bastase para conocer las ocurrencias y los peligros, ni capaz de determinar los movimientos convenientes á las circunstancias, determinólos él, y dispuso que á esta impresion de los sentidos se siguiese este movimiento, v. g. el de huir: á otra diversa impresion se siguiese luego otro movimiento diverso, etc., que son aquellos mismos

que en estos casos mandaria hacer una alma muy ingeniosa é inteligente si la hubiese.

EUG. — De ese modo se entiende bien como los brutos sin alma espiritual ejecutan algunas acciones mucho mas astutas y sagaces que nosotros teniéndola, y es que Dios, viendo que ellos no podian determinar cosa alguna con acierto, determinó por sí las acciones que debian corresponder á las sensaciones.

TEOD. — Digo que las determinó, no con precepto, como lo hacemos nosotros cuando salimos de nuestras cosas, sino disponiendo de tal suerte la máquina del cuerpo del bruto, que á esta impresion, hecha en el sentido esterno por el objeto, correspondia mecánicamente esta accion determinada, que es la que conviene.

SILV. — Esas cosas dichas y esplicadas así son muy claras, y parecen muy conformes á razon; pero prácticamente tomara yo que me esplicaseis porque el perro cuando ve la perdiz se para hasta que llega el cazador, y otras cosas semejantes á esta.

TEOD. — Si me concedeis que este discurso, hablando en general, es bueno, no pretendo mas, porque no es posible, ni tampoco preciso, explicar como se mueven los espíritus animales, y qué fibras se escitan, ó como se hace el paso á los nervios para el movimiento de los miembros, etc. Pongamos un ejemplo: si un rústico os dijese que en la torre de una iglesia siempre habia gente, dando por razon el ver que continuamente se movia la mano del reloj, y que á ciertos tiempos daban diversas

campanadas segun el tiempo iba corriendo, y á determinadas horas tocaban minuets muy ajustados y á compas, le diriais que de noche no habia gente dentro de la torre, pero que todos esos movimientos estaban dispuestos en la fábrica del reloj. Y si él os pidiese que le esplicaseis prácticamente qué hierros se movian para dar las dos y despues las tres, y para tocar un minuet muy ajustado, como tambien la razon de otros efectos en particular, creo que no os juzgariais obligado á esplicarle por menor la causa de tales efectos, pues no sois relojero, ni tal vez sabeis la fábrica del reloj; y con todo eso ningun hombre de juicio os podria instar diciendo que pues no sabiais explicar cada efecto en particular, no podiais decir que ellos procedian meramente de la organizacion del reloj sin que dentro de él hubiese persona que los dirigiese. ¿Podeis negar esto?

SILV. — No.

TEOD. — Pues en nuestro caso la respuesta es muy semejante. Yo sé por las razones que he ponderado que todas las acciones muy reguladas que hay en el bruto son dirigidas por una causa inteligente, y que esta no está dentro del bruto como forma: de aquí infiero que está fuera, y dentro de él solo hay principio de movimiento y tal disposicion de órganos, que á una impresion de objetos esternos corresponda una accion, y á otro objeto otra. Pero como yo no veo la máquina por dentro, no sé en particular el movimiento de fibras que es preciso para este ó aquel efecto en estas ó en aquellas circunstancias. Tengo respondido á vuestra ré-

plica. Concluyendo ahora el discurso que formábamos, digo que no es argumento tan fuerte como os parecia, para probar que la sensacion en los brutos es semejante á la nuestra el ver que nacen de ella acciones muy semejantes á las nuestras.

EUG. — Yo confieso que hallaba en él una gran fuerza; pero ahora se me desvaneció totalmente. ¿Qué decís, Silvio?

SILV. — No niego que absolutamente pueda ser lo que Teodosio dice; pero es un modo de discurrir violento: el entendimiento se inclina mas naturalmente á la opinion vulgar.

TEOD. — ¿Y cómo puede naturalmente inclinarse supuesto lo que queda dicho? ¿Por ventura no sentais como cosa cierta que nuestra sensacion es un acto espiritual del alma escitado por movimientos de los sentidos y del cerebro?

SILV. — Tengo eso por cierto.

TEOD. — ¿Admitís acaso en el bruto alma que sea espiritual?

SILV. — De ningun modo, supuestas vuestras razones.

TEOD. — Luego ¿cómo puede ser natural el discurso de quien dice que la sensacion en los brutos es semejante á la nuestra? Pero no quiero repetir lo que ya dije: seguid lo que os pareciere mas natural, que yo tengo espuesto mi pensamiento.

EUG. — En conclusion, ¿qué me decís de la sensacion de los brutos?

TEOD. — Digo que si hablamos de la sensacion que nosotros tenemos completamente, no es ni puede ser semejante á la de ellos; pero si hablamos de

la sensacion incompleta, que solo se forma en los órganos de los sentidos corpóreos, digo que su sensacion es en un todo parecida á la nuestra. Ellos ven como nosotros, oyen como nosotros, etc., y en muchos es mas perfecta la sensacion, porque los órganos de los sentidos esternos son mas delicados. Por tanto es preciso para apurar esta cuestion de la sensacion de los brutos saber primero que es lo que entendeis por esta palabra *sentir*: si entendeis *una percepcion de los objetos (semejante á la que nosotros tenemos) mediante el órgano del sentido esterno*, digo que es cierto y certísimo que el bruto no siente ni puede sentir así. Pero si por esta palabra *sentir* entendeis solamente lo que pasa en nuestros órganos de los ojos, oídos, etc., y en el cerebro cuando ocurren sus objetos propios de los sentidos, y están á la debida distancia, entonces digo que tambien es cierto y certísimo que los brutos sienten, y sienten como nosotros; porque la fábrica de los órganos sustancialmente es la misma, y se ha de hacer semejante impresion en ellos, y semejante comunicacion hasta el cerebro. De este modo se concuerdan las sentencias de los modernos que parecen opuestas. Los que dicen que los brutos no sienten, por esta palabra *sentir* entienden *una percepcion del alma que conoce el objeto mediante la impresion en el órgano del sentido esterno*; y como los brutos no tienen alma capaz de percepcion no sienten. Mas los que dicen que los brutos sienten, por esta palabra *sentir* entienden *el hacerse presente el objeto exterior al principio del movimiento que hay dentro del animal, mediando la impresion del*

sentido esterno; y esto igualmente lo hay en los hombres y en los brutos, y de este modo igualmente es verdad el decir de unos y otros que sienten; porque el principio del movimiento en nosotros es el alma espiritual, y en los brutos lo son los espíritus animales, los cuales, así como el alma, residen en el cerebro, y allí se les comunica la impresion que el objeto hace en la retina de los ojos, tanto en los brutos como en los hombres; y lo mismo digo de los otros sentidos. Ved aquí lo que os puedo decir sobre la sensacion de los brutos, y me parece que en esto se resumen todos los discursos, todas las opiniones, y todo cuanto se dice sobre esta materia; y todo lo demas fuera de esto, como lo de *instinto, discurso material, alma sensitiva*, y otros muchos términos, creo yo que son voces que al parecer dicen alguna cosa, y si queremos explicarlas clara y distintamente vemos que no dicen nada. Así que no obligo á nadie á que concuerde conmigo, solo digo claramente lo que entiendo. Vamos adelante.

EUG. — Pues pasemos ahora á su memoria y á su racionalidad.

§IV.

De la memoria de los brutos y su racionalidad.

TEOD. — Para formar concepto de la memoria de los brutos es menester saber que en el hombre hay